

CUENTOS DE INVIERNO

C. KOTTINGHAM



Capítulo 1

CUENTO DE OTOÑO

OCTUBRE

1

Para mí el otoño es como estar en una habitación con olor a hojas mojadas contemplando como un anciano octogenario espera a morir en un invierno que se asoma mientras rememora tiempos mejores temiendo tiempos peores.

O inciertos.

Terriblemente bello: terriblemente horrible.

Nací en otoño.

Perdón, me llamo Única y nací en otoño.

Me llamo Única y aprendí a montar en bicicleta en otoño, di mi primer beso en otoño, me fumé mi primer canuto de hierba en otoño, Pol Thomas me rompió el corazón en otoño, y en otoño interpreté a Wendy en una función escolar sobre Peter Pan, de James Matthew Barris, con trece años.

También en otoño me violaron, me torturaron, y finalmente me asesinaron a solo dos días de cumplir los veinte.

¿Seguimos?

Tengo la boca llena de sangre y el tabique nasal tan hecho añicos que soy incapaz de respirar por la nariz.

Intento hacerlo por la boca, pero la sangre me lo impide; me estoy asfixiando.

Jadeo.

En el interior de un maletero el oxígeno es escaso, y sientes que la presión en esa atmósfera te aplasta y no te deja mover.

Es como si una obesa mórbida mexicana llamada Gloria Camila se sentase sobre tu pecho mientras engulle media docena de pollos al horno y ve una telenovela.

O lo que habría sentido Stephen Hawking si los tíos que estaban a su cuidado hubiesen olvidado cogerlo al recuperar la gravedad en la cabina del avión supersónico donde un parapléjico superdotado experimentaba la orgásmica sensación de la ingravidez por primera vez en su vida.

Eres una pizza que se ha caído por el lado del queso desde un tercer piso.

Sigamos.

Mi cabeza golpea el techo del maletero con cada bache, y entre el sonido del motor y el de las ruedas pasando a toda prisa por caminos sin asfaltar, puedo escuchar de fondo a mis verdugos, nerviosos, perdidos, discutiendo el final de este cuento de hadas, acontecido, como no, en una fría y lluviosa noche de otoño.

Si retrocedemos veinte horas en el tiempo, puedo decir que he despertado esta mañana siendo una chica normal, con una vida normal, que vivía en un barrio normal y que tenía por delante un porvenir felizmente previsible y de lo más normal.

Chica de diecinueve años extrovertida e inteligente.

Supongo que también atractiva.

Hija de matrimonio felizmente casado de mediana edad.

Padre agente inmobiliario de éxito y madre profesora de primaria.

Una hermana pequeña: Amber.

Y un bulldog inglés llamado Capone.

Escorpio.

Ojos color miel y pelo rubio ceniza.

Gran sonrisa.

Color preferido: verde.

Paisaje preferido: atardecer.

¿Música? Janis Joplin y todo el universo psicodélico de los sesenta.

¿Estado civil? Corazón roto suturando.

Estudiante de magisterio.

¿Cambiar la educación convencional para cambiar a las futuras generaciones y que ellos cambien el mundo? Uno de mis mayores sueños.

Estudiante de lunes a jueves y bebedora de Absenta y fumadora de marihuana los viernes y sábados.

Los domingos día de introspección.

Habitante del mundo.

Habitante de El Valle, un lugar en el que nunca ocurre nada.

2

Lunes 20 de octubre de 2020

El único rayo de Sol que ha visto El Valle en las últimas dos semanas se filtra tímidamente entre el enorme manto de oscuras y espesas nubes de tormenta, y se desliza por mi ventana, acariciándome la cara, dándome un beso de buenos días.

Sonríó, deslizo la mano por debajo de mi ropa interior, y acaricio mi clítoris dulcemente.

Masturbación al despertarse para activarse y al acostarse para relajarse: ese es mi legado.

El olor a tostadas recién echas y a mantequilla fundiéndose sobre el pan caliente se cuela también en mi habitación, por debajo de la puerta, animándome a levantarme para empezar a disfrutar del que seguro será un gran día.

Es un lunes de otoño y faltan solo dos días para mi cumpleaños.

Es la primera noche que duermo siete horas seguidas desde que Pol decidiese que "siempre" es una palabra que implica un código de lealtad y constancia que él en realidad nunca deseó tener.

Y, de haberlo sabido, juro que la última vez que lo hicimos le habría arrancado el miembro a mordiscos a ese imbécil.

Me habría hecho una pasta salteada con verduras y pene y me la habría comido a la espera de ser detenida y puesta a disposición judicial por los agentes del orden.

Locura pasajera transitoria.

Habría escrito libros de autoayuda y de recetas de cocina: una combinación ganadora.

Mi encantadora madre, de sonrisa eterna y perfecta dentadura, sirve café a mi padre mientras bromean sobre algo que ocurrió anoche.

Cuando entro en la cocina el silencio se apodera inmediatamente de todo, como si no supiese que los miércoles por la noche gustan de follar en los asientos traseros del Mercedes, en nuestro garaje.

Pero yo amo a mis padres; son el ejemplo perfecto de el tipo de persona que me habría gustado ser.

Mi hermana pequeña, Amber, entra en la cocina con su pelo negro azabache con mechones azul intenso, su cara en modo "odio al mundo, tengo la regla, quince años, y tengo sueño: no me jodas", y se sirve un café gruñendo un "buenos días".

Cuando la miro siento una extraña sensación en el pecho.

Hemos tenido mucho tiempo para pasarlo juntas, pero no hemos pasado tiempo juntas.

No somos las mejores amigas del mundo.

No hablamos de música, de chicos, de nuestros sueños y de nuestros miedos mientras nos hacemos la pedicura.

Somos dos compañeras de piso que se cruzan por los pasillos de una casa blanca de dos pisos con jardín y que comparten lavabo y parte de su código genético.

Y realmente me apena que sea así.

El claxon del coche de Jaiden suena tres veces, como acordamos.

Cojo mi bolso, beso a mi padre, a mí sonriente y eternamente feliz y satisfecha madre, y me despido de mi hermana con un "nos vemos

luego".

Mientras salgo por la puerta mi padre grita:

- ¡Dile a ese chico que tenga cuidado!

Y me pregunto si mi padre se refiere a que Jaiden tenga cuidado conmigo o a que yo tenga cuidado con Jaiden.

En fin...

Jaiden sabe a clorofila y huele a hierba.

Tiene el pelo largo, castaño claro, liso pero ligeramente ondulado en las puntas, una barbilla fuerte y estilizada y una sonrisa sencillamente perfecta.

Su ojo derecho es verde manzana y el izquierdo azul cielo.

Heterocromía que siempre me hacía sentir que me estaba follando a un lobo.

Jaiden era tan guapo como Pol.

O quizás más.

Y era encantador, inteligente y sexualmente salvaje.

Nos conocimos un mes después de que Pol se follara a Samanta, una zorra petulante a la que siempre he odiado.

Yo y Sara estábamos en el pub "El séptimo Cielo", que es el local alternativo de moda en El Valle, con música indie, buenos cócteles, luz tenue, cachimbas y libros de filosofía.

Mi intención era suicidarme en "El séptimo Cielo", usando una letal combinación de Absenta, Jagermeister y chupitos de tequila.

Y sé que puede sonar surrealista, o un absurdo y estúpido intento de una niña despechada por llamar la atención de un mundo que le ha dado la espalda, pero creerme: no es así.

Realmente aquel día de finales de abril yo iba a suicidarme en aquel local provocándome un fulminante coma etílico como hiciere antes que yo Nicolas Cage en "Living las Vegas".

Ya sabéis: acabar asfixiada con tu propio vomito, con el flequillo empapado de sudor, pegado a la cara, dejando entrever a través de los

mechones de pelo mojado unos ojos muertos que un día irradiaron tanta vida.

Una forma muy bohemia de dejar este mundo, ¿no?

Pol y yo nos conocimos en secundaria, con quince años.

Él era uno de los chicos populares del instituto: jugaba al fútbol, era guapo, atlético, desafiaba al sistema, y el resto de chicas se morían de ganas de salir con él.

Yo pertenecía a ese extraño subgrupo de chicas lo suficientemente guapas como para formar parte (e incluso liderar) al grupo de chicas populares, pero que no mostraba interés alguno en formar parte del grupo de chicas guapas y populares.

Mis amigas, de hecho, eran el objetivo habitual de las burlas y abusos de alguna de esas chicas petulantes y superficiales, y aunque yo no tuve mayor problema (o al menos no tan graves como para ser rememorados ahora) siempre estuve en el punto de mira de ese grupo de pequeñas sociópatas.

Supongo que salir con Pol (y hacerlo durante tanto tiempo) consiguió en esencia dos cosas: que las chicas populares me odiaran, y que las chicas populares se vieses obligadas a tragarse sus ganas de partirme la cara.

Porque no podías (aunque las ganas te corroyesen por dentro) meterte con la novia del tipo que, de algún modo, ere el jefe de tu novio.

Recuerdo que Pol pasó todo el curso intentando salir conmigo.

Lo intentó al final del primer trimestre y antes de las vacaciones de Navidad.

En el segundo trimestre, antes de las vacaciones de primavera, Pol se animó a pedírmelo de nuevo.

2

Por la mañana

Si no sabes que vas a morir, un lunes por la mañana solo es un lunes por la mañana.

Puede cambiar tu humor, el color del cielo y la ropa que llevas puesta respecto a cualquier otro lunes de tu vida, pero si no sabes que ese lunes es el último lunes que vas a disfrutar de un café caliente, de una ducha reparadora, y quizá, con algo de suerte, durante el día, de un polvo para

no olvidar... entonces solo son un jodido café caliente, una ducha reparadora y un posible polvo inolvidable.

Rutinas.

Los lunes por la mañana, después del orgasmo, el café, las tostadas con mantequilla y la ducha, de camino a la universidad, Jaiden aparcaba el coche en una zona no muy lejos de donde encontrarían mi mugriento cadáver un tiempo después, y follábamos en la parte trasera de su viejo todoterreno como si nuestras almas llevaran siglos separadas alimentándose solo de la dicha que les producía el poder encontrarse de nuevo alguna vez.

Rutinas.

Llevábamos seis meses follando cada mañana como dos amantes furtivos y seguíamos haciéndolo como si nos echáramos de menos.

Y en realidad nos echábamos de menos.

Yo siempre le había echado de menos.

Incluso antes de conocerle...

Cuando desperté en el hospital tres horas después de haber perdido el conocimiento en "El séptimo cielo", con un corte en la frente que necesitó siete puntos de sutura, el labio partido, bañada en mis vómitos, vi, o más bien, intuí, a Jaiden, o a la silueta de Jaiden, por primera vez, a los pies de mi cama, mirándome, sonriente... y supe entonces que algo grande iba a suceder.

La primera noche que dormí siete horas seguidas desde que Pol jodiera parte de mi existencia, fue precisamente la noche previa a mi muerte.

Seis meses después de conocer a Jaiden.

-Te quiero. -me susurró Jaiden, en la cama de su habitación, aquel lluvioso domingo por la tarde, después de correrse dentro de mí. -Te quiero y siempre te he querido. Incluso antes de conocerte... Te quiero. -me susurró de nuevo, mientras me mordisqueaba el cuello y acariciaba mi espalda sudada.

¿Sabíais que el fluido seminal contiene componentes químicos que elevan el humor, inducen el sueño y también contiene tres tipos de antidepresivos?

La leche de Jaiden era mi píldora de la felicidad: cuanto más follábamos

más felices éramos.

Así que en apenas seis meses de relación, habíamos follado en todos los sitios y de todas las maneras que podíamos follar, pero prácticamente no habíamos hecho nada más.

En realidad éramos dos desconocidos que conectaban a un solo nivel, y que aún no habían puesto a prueba el resto de niveles de una relación.

Yo no sabía cómo Jaiden reaccionaba ante la frustración.

O como fue su infancia.

No sabía cuál era su color favorito o su película preferida.

O de que humor despertaba por las mañanas.

No conocía el lugar donde siempre quiso estar y todos los lugares donde ya había estado.

Su primer "te quiero" fue reparador, y me ayudó a descansar, a estar tranquila, sabiendo que Pol Thomas no sería el último hombre en amarme, pero su primer y último "te quiero" solo me hizo darme cuenta de lo poco que nos conocíamos.

Si follas antes de hablar, cuando te corres, ya no tienes nada de lo que hablar...

Es una regla básica.

Así que la tarde en la que Jaiden me susurró un "te quiero" al oído, fue la tarde en la que me di cuenta de que no quería quererle.

Quería quererme, y para quererme no podía quererle también.

Jaiden acababa de confesarme que me amaba después de correrse dentro de mí, y sin lugar a dudas esas son las bases sobre las que se construye un futuro y bien avenido matrimonio, así que el miedo se apoderó de mí ser, y esa misma sensación que me paralizó ante la humillación y abandono de Pol Thomas, ese miedo irracional que me hacía temer el verme sola para siempre, sin volver a sentir el calor de un abrazo o las embestidas de un hombre, había vuelto a aparecer para, esta vez, alejarme de él, temiendo profundamente el nivel de implicación en la relación que Jaiden deseaba tener.

Pañales sucios, ropa por lavar, cuentas en rojo, despertares nocturnos, sexo rápido una vez al mes, rotavirus, vacaciones en playas llenas de

jubilados y niños...

Un "te quiero", también significa todo eso.

Y si quieres a alguien, tienes que necesariamente aceptar todo el paquete.

Jaiden se dio cuenta enseguida de que algo no iba bien.

Cuando abres tu corazón a otra persona y esa persona no reacciona como habías imaginado que reaccionaría, o como se supone que debería reaccionar, es fácil sentirse confuso, es fácil ponerse nervioso, -, notar como el sudor frío recorre tu cuerpo.

Podía imaginarle frente al espejo ensayando la noche anterior, intentando encajar ese "te quiero" en un lugar perfecto.

Tras un beso, durante un abrazo... antes de que acabe una mirada.

Y me rompió el corazón ver sus preciosos ojos heterocromáticos cristalizándose al llenarse de lágrimas, pudiendo incluso percibir como los bellos de sus brazos se erizaban.

Escuchar los latidos de su corazón, acelerándose mientras me miraba fijamente a los labios, esperando oír una respuesta que nunca llegó.

La mañana siguiente Jaiden vino a recogerme a casa, a pesar de la discusión que se sucedió tras mi silencio, y después de despedirme de mis padres con un beso y de mi hermana con "nos vemos luego", subí a su coche y nos dirigimos al que nosotros conocíamos como "el paradero del amor", el apartado lugar donde cada mañana follábamos como posesos.

Cada mañana, menos aquella mañana... la última mañana antes de morir.

Así pues, discutir con Jaiden por primera vez (y no follar con Jaiden por última vez) fueron, al final de esta historia de otoño, las dos primeras de las tres decisiones que tomé y que definitivamente acabaron desembocando en una serie de resultados de naturaleza totalmente imprevisible que me llevarían, entre otras cosas, a verme encerrada en el maletero de un coche a dos malditos días de cumplir los veinte.

Por la tarde

Ver llorar a un chico presumiblemente fuerte y seguro de sí mismo como un niño pequeño al que acaban de arrancar la cabeza de su muñeco favorito justo después de haberlo recibido como regalo de cumpleaños...

es siempre un escenario de lo más desconcertante.

Jaiden apenas pudo articular palabra cuando la sombra de nuestra ruptura se tornó realidad.

Sabía que me quería porque así me lo había hecho sentir en los ciento ochenta días que duró nuestra historia, pero verlo jadear, temblar, y llorar desconsoladamente, me hizo entender, sin sentir por mi parte y para mi sorpresa ningún tipo de empatía con él, hasta que increíble nivel sus caricias fueron siempre sinceros.

Tenía que haberme dejado llevar, lanzarme a sus brazos y comerle a besos por haberme amado de un modo tan incondicional y sincero, pero en lugar de eso lo eché todo a perder.

La jodí, como siempre.

Y tomé la peor de todas las peores decisiones que había tomado hasta entonces.

Me despedí de Jaiden con un dulce beso en la mejilla sin saber que aquella sería la última vez que nos veríamos.

Salí del coche y mientras caminaba hacia la universidad sentí un escalofrío que recorrió toda mi espalda.

Estuve a punto de darme media vuelta, de subirme al coche y de jurarle amor eterno mientras le besaba apasionadamente.

Pero seguí andando.

Seguí andando a pesar de saber que cada paso que daba me alejaba un poco más del que podría haber sido un final idílico y me acercaba un poco más a un futuro incierto.

La mañana transcurrió como cualquier otra mañana de otoño.

Después de las clases, Clara y yo fuimos a "Chester's" a devorar hamburguesas dobles con queso, patatas con chili y batidos de vainilla.

Tras cagar en los lavabos de "Chester's" los restos de nuestro dantesco festín, a las tres de la tarde, como cualquier otro lunes, paseamos por los grandes almacenes mientras mirábamos ropa interior y hablábamos de anhelos que esperábamos cumplir y de promesas que impedimos que, inconscientemente, impediéramos que se cumplieran.

Fumamos hierba bajo los otoñales árboles del parque y nos estiramos sobre mantos de hojas secas tricolor mientras observábamos como las

oscuras nubes formaban fantasiosas formas que nos hacían soñar con extender las alas y volar.

A las seis, cuando la primeras gotas de lluvia empezaron a tintinear contra los cristales de las cálidas y acogedoras casas de El Valle, Clara se fue a clase de piano y yo a clase de danza...

Como todos los lunes.

Nos abrazamos, como siempre, y el olor a jazmín de su pelo se me antojo más dulce y melancólico que nunca.

Entrechat, cabriole, assemblé, jeté.

La danza es el arte de ejecutar movimientos al ritmo de la música permitiéndote expresar tus sentimientos y emociones a través de ellos.

Y a otro nivel la danza es como echar un buen polvo sobre el capó de un coche con el chico al que amas en mitad de una tormenta de verano.

Fuego y agua: Eso es para mí la danza.

Y la vida.

Cuando salí de la academia el apocalíptico diluvio de la Biblia se había desatado en El Valle inundando parcialmente alguna de sus calles y carreteras y provocando desprendimientos en las montañas que habían obligado a cortar algunas de las arterias principales de circulación de la ciudad y alrededores.

Eran las ocho de la tarde.

Mi rutina diaria después de salir de la academia de danza se basaba en coger la línea L4 del transporte público, en llegar a casa, en cenar con mi familia, en darme una ducha, en encerrarme en mi habitación para eventualmente fumar algo de hierba y habitualmente jugar con mi clítoris, y en finalmente quedarme dormida mientras veía algún documental tipo "monos violentos y adictos a la nicotina".

Con una tormenta de otoño como la que aconteció este veinte de octubre, todas mis rutinas se vieron afectadas desde que puse un pie en la calle.

O en la laguna.

La línea L4 del transporte público estaba fuera de servicio hasta nueva orden, que podía producirse en algunos minutos o en algunas horas.

Las calles estaban inundadas y muchos de los accesos que podían llevarme a casa tras cuarenta y cinco minutos de caminata, estaban cortados.

La casa de Clara también estaba lejos.

Y la academia cerraba.

Eran solo las ocho de la tarde pero parecían las dos de la madrugada de la noche más oscura del año.

Al otro lado de la calle había una pub de mala muerte donde solían reunirse todos los cerdos, alcohólicos e infieles gilipollas de la ciudad a beber cerveza y fumar cigarrillos mientras pasaban el tiempo librando batallas de sables luz con sus pollas.

Tenía cinco dólares en el bolso, que era lo suficiente para llamar a mis padres desde una cabina y tomarme un refresco a la espera de que la tormenta amainara y la carreteras fueran mínimamente despejadas.

Y mi padre vendría a buscarme al llegar la calma.

Por la noche

Conocía a Axel porque durante un breve pero tormentoso periodo de tiempo había conseguido engatusar a Clara, la chica más ingenua y pura del planeta tierra.

Era el típico niño mimado, hijo de una acaudalada familia de El Valle, rubio, de ojos claros, atlético, y también un egocéntrico y sociópata hijo de puta que pensaba que nada en este mundo le podía ser negado.

Siempre odie a Axel.

Recuerdo que los sábados por la noche, cuando todos nos reuníamos en "El séptimo cielo" para beber tequila y fumar hierba, mientras pasaba su brazo por el hombro de Clara y la besaba dulcemente en la frente, Axel me miraba las tetas mientras se relamía los labios.

Al menos en una docena de ocasiones me imaginé saltando por encima de la mesa y reventándole un vaso de litro de cerveza en su preciosa cara de corte griego.

Pol Thomas también odiaba a Axel, pero amaba la hierba, y Axel sabía dónde conseguir la mejor de la ciudad, así que cuando le expliqué que Axel trató de meterme mano en la parte trasera del local, mientras vomitaba mi primera leche después de una noche de excesos, Pol se limitó

a decir que probablemente lo había mal interpretado.

En realidad Pol Thomas y Axel eran la misma mierda con ropa distinta.

Si la diferencia entre sus respectivas casas no fuera de un millón de dólares, seguramente habrían sido grandes amigos.

Cuando Axel rompió con Clara, en una noche de Halloween, después de beberse una botella de vodka, de pelearse con medio local, de vomitarse encima y de ridiculizar a Clara delante de todos los presentes, Axel recibió la primera gran lección de su vida:

Nunca jodas con una tía pasada de Jagermeister.

Salté por encima de la mesa, me abalancé sobre él, le tire al suelo y no deje de golpearle, arañarle y morderle, hasta que, literalmente, cinco tíos me separaron e inmovilizaron.

Me pasé toda la mañana siguiente quitándome restos de piel y sangre de debajo de las uñas.

No volví a ver a Axel después de aquella noche.

Ni una sola vez.

Hasta justo un año más tarde, cuando refugiándome de una de las mayores tormentas que había visto El Valle, busqué cobijo en un antro donde, en cualquier otra circunstancia de mi vida, nunca habría entrado...

Analizándolo desde el interior de un maletero, con el tabique nasal roto, los dientes partidos, las costillas fracturadas y el culo como un colador, la última de las tres decisiones que tomé y que me llevaron a vivir una serie de consecuencias de naturaleza absolutamente imprevisibles y jodidamente catastróficas, fue precisamente entrar en ese sitio.

El local en cuestión era, como he dicho antes, el típico antro sin clase donde los maridos infieles, los universitarios cachondos y los sesentones fracasados se reunían las siete noches de la semana en busca de alguna cuarentona depresiva a la que follarse.

Yo nunca antes había pisado ese lugar.

Había poca luz, música de los setenta, sillas y mesas de madera llenas de rasguños, nombres y corazones escritos con llaves durante noches de cocaína y alcohol, y olía a sudor, tabaco y cerveza.

Los zapatos se te quedaban pegados al suelo por la mezcla de vodka con refrescos y probablemente restos de sangre y fluidos que cubrían el viejo

y roñoso suelo de madera.

No era el típico lugar donde te gustaría esperar a que una tormenta amainase, pero era el único lugar al que pude llegar andando sin tener que sortear piscinas de agua fangosa.

Habían alrededor de unas veinte personas.

Eran poco más de las ocho de la tarde, pero alguno de los clientes habituales del lugar ya tenían que lidiar con la gravedad y las náuseas.

De entre los veinte clientes solo dos eran mujeres.

Una de ellas, cercana a los sesenta años mal llevados, que vestía como una quinceañera intentando imitar el estilismo de "Madona" o "Cindy Lauper", se regodeaba de un "sex appeal" que nunca había tenido frente a un corrillo de cinco tipos que años atrás jamás le habrían reconocido dicha belleza pero que en ese momento, con él autoestima por los suelos tras años de sueños no cumplidos y el estómago lleno de alcohol, casi se peleaban por ver quién era el primero en meterla en ese caliente, viejo, y arrugado coño.

La otra mujer era la camarera.

De mediana edad, baja estatura, entre quince y veinte kilos de más, con el pelo teñido de rubio platino y unas raíces del tamaño de la polla de un guineano.

Presumiblemente enganchada al vino y la cocaína.

Probablemente separada y con hijos.

Apuesto a que suicida reincidente...

Los hombres del local la ven solo como una parte más del mobiliario.

A pesar de sus enormes pechos y prominente trasero, para esos borrachos ella solo es el puente entre las botellas y sus gaznates, y eso parece disgustarla, en lugar de aliviarla, que sería el comportamiento esperado.

¿O acaso no?

Yo, personalmente, de haber sido un alcohólico de mediana edad que ahoga sus penas y frustraciones en brebajes de baja calidad, habría preferido follarme a la camarera gorda cocainómana antes siquiera de

plantear la posibilidad de follarme a la Madona con gonorrea de sesenta.

Pedí un refresco de naranja y me senté en una mesa en el fondo de la sala, escuchando como la tormenta golpeaba los cristales del local.

Mientras caminaba pude notar las miradas de todas esas alimañas recorriendo mi cuerpo.

Imaginando como la chuparía.

Preguntándose si me dejaría dar por el culo cuando estoy lo suficientemente cachonda.

Fantaseando con la idea de embestir a esa veinteañera vestida con "tutú" rosa y chaqueta de cuero negro en los lavabos de su bar favorito, con fuerza, casi con rencor.

Soñando con correrse en mi cara...

Si tuviese una catana los desmembraría a todos.

Veinte minutos más tarde mi vaso estaba vacío, mi presencia en el local empezaba a ser algo casi cotidiano para ese puñado de idiotas que no sabían que el mundo se estaba acabando allá afuera, y aunque seguía lloviendo con fuerza y el silbido del viento se sobreponía a la música que sonaba en el tocadiscos, parecía que al fin, la tormenta, perdía fuerza...

Mi padre me dijo que volviera a llamarle en media hora más, y que si la tormenta no había finalizado para entonces, buscaría otra manera de ir a por mí.

Me lié un cigarrillo-cosa que jamás debe hacerse después realizar una actividad física, o que en realidad nunca debe hacerse, pero especialmente nunca después de oxigenar tus pulmones-, y mientras fumaba y me imaginaba las vidas de los clientes del bar, con sus respectivos y oscuros secretos inconfesables, me entraron unas terribles ganas de mear.

El lavabo era igual que el resto del bar: viejo, sucio, y sin clase, pero debo reconocer que estaba relativamente limpio, si lo comparamos con el resto del lugar.

Mientras mi orina chocaba con fuerza contra la turbia agua del inodoro como un suicida contra el asfalto, escuché, a lo lejos, de fondo, una voz que me resultó desagradablemente familiar...

De entre todos los jodidos sitios donde Axel podía haber buscado refugio

durante el diluvio universal... tuvo que ser precisamente aquí.

En este jodido antro de mala muerte.

Su voz, aguda, chillona, casi como la de un gorrino cuando la afilada hoja de un cuchillo carnicero le secciona la carne, los músculos y las arterias frente a la atenta mirada de una docena de pueblerinos el día de San Martín, era, para mí, innegablemente familiar.

Inconfundible.

Mis ganas de mear se cortaron de inmediato.

Mi vejiga de puso en modo "pausa".

Pensé en quedarme allí sentada, en liarme otro cigarrillo, y en, eventualmente, salir del local por la pequeña ventana de ventilación del lavabo de señoritas.

No quería tener que ver a ese gilipollas.

No tenía por qué ver a ese gilipollas.

Pero tampoco tenía razón alguna para huir como una rata a través de estrechos y sucios conductos solo para no toparme con él.

¿Huir? ¿Por qué?

Ese idiota tendría que cavar un agujero en el suelo y meter su maldita cabeza cada vez que se cruzara conmigo o con Clara.

O con cualquiera de las otras mujeres a las que había faltado al respeto en su edulcorada y perfecta vida de mierda.

Miré mi reflejo en el espejo, lleno de huellas dactilares y de salpicaduras de agua y jabón seco, me refresqué la cara y salí del lavabo, yendo directamente hacia el fondo del local, a mi mesa.

No traté de ubicar a Axel de reajo mientras caminaba.

Yo no sabía que Axel estaba allí, y si sabía que estaba allí me importaba una mierda, así que no existía razón alguna para fijar la mirada en otro lugar más que en mi vieja y sucia mesa de madera.

En cuanto tomé asiento lo vi en la barra, de pie, bromeando con dos amigos suyos.

Me dije que tenía el mismo aspecto de cerdo pretencioso que la última vez que coincidimos.

Con su pelo rubio engominado hacia atrás, su camisa de cuadros, pantalones café claro, náuticas de cien dólares y chaqueta de vestir de trescientos.

No conocía a los tipos que le acompañaban, pero estaban cortados por el mismo patrón.

Niños ricos hijitos de papá criados en grandes casas con sirvientes y padres ausentes.

Sonrisas perfectas.

A partir de este momento es muy difícil explicar qué sucedió con exactitud en el lapso de tiempo que transcurrió desde que Axel levantó la mirada y me localizó al fondo del local, hasta que desperté por las embestidas de un desconocido en una cama sudada y llena de fluidos sin tener la más remota idea de cómo había llegado hasta allí.

Pero vayamos por partes.

Cuando Axel se dio cuenta de que estaba en el local, yo sentí esa típica sensación de presión que se nota cuando alguien te está mirando y tú no lo sabes.

Antes de poder levantar la cabeza las sombras de aquellos tres tipos se acercaban acechantes a mi mesa.

-¡No me lo puedo creer!-grito Axel, con una irónica sonrisa.-¡Pero si es Única, la última persona que esperaba encontrar aquí! ¿Cómo diablos estás?-me preguntó.

Sus dos amigos resguardaban a Axel como dos gorilas, uno a cada lado, analizándome.

Podía notar toda la animadversión que fluía en el ambiente.

-Cuanto tiempo sin vernos-prosiguió, sonriente.-Te juro que este es el último sitio y el último día en el que esperaba encontrarme contigo. ¿Qué tal todo?

Aunque quizás no lo parezca por cómo se habían desarrollado los acontecimientos durante parte de la jornada, para mí este lunes de octubre estaba siendo un día casi perfecto.

Era el día de mi renacimiento.

El día en el que entendí que el amor que tú puedas sentir por alguien debe de ser estrictamente proporcional al amor que tú sientas por ti.

¿Quieres querer? ¡Pues quíérete!

Mis putos chacras se habían alineado por primera vez en toda mi existencia, y una noche que tenía que acabar con un buen canuto de hierba estirada en la cama de mi habitación con el sonido de la lluvia de fondo, acabó, con el tiempo, con mi fotografía de carné del día de mi graduación impresa a todo color en todos los cartones de leche del país.

Entera, desnatada, semidesnatada....

Chica caucásica de diecinueve años desaparecida.

Por un momento dudé entre romper el vaso en la mesa y rajarle el cuello, o romper directamente el vaso sobre su cuello.

-Te presento a unos amigos.-me dijo.-Estos son Oscar.-y señaló al rubio.- Y este es Franky.-dijo, mientras le daba palmaditas en la espalda al moreno.

Me desconcertaba.

Ese idiota siempre me había desconcertado.

¿Me estaba vacilando? ¿Quería joderme?

¿Cómo diablos se supone que una señorita como yo debe afrontar una situación como esta?

-Axel... ¿qué coño quieres?-le pregunté.-En serio: ¿Qué coño quieres?

Miró a sus amigos, sonriendo, y dijo que solo quería saludarme.

Que el pasado, pasado estaba...

Y que al verme pensó que lo correcto sería acercarse a saludar.

¿Lobotomía? Seguro que no....

Lobo sociópata y egocéntrico vestido con piel de cordero de mil dólares.

-Oye... mira... y a riesgo de parecer grosera-le dije-me temo que mis intenciones y las tuyas son muy distintas. No actuaré como si me alegrara de verte o como si toda la mierda que vivimos fuese agua pasada. Porque

no lo es. Ahora, y para no complicarlo más, voy a levantarme, voy a pedir una copa, y voy a ir al lavabo a refrescarme la cara mientras me la sirven. Cuando salga, espero, y lo digo en serio, espero, que ni tú ni esos dos idiotas sigáis plantados como putos pinos delante de mi mesa. ¿Porque sabes qué? Eso es algo que me jode profundamente...

Me levanté de la silla, me encaré a Axel y le dije:

-Ni yo me alegro de verte, ni tú te alegras de verme... Dejémoslo así.

Mientras caminaba hacia el lavabo me fue imposible disimular esa maléfica sonrisa que nace de las profundidades de mi ser cuando dejo a alguien con esa expresión de gilipollas que se le había quedado a él.

Y después de esto, de llegar al lavabo, de refrescarme la cara, de liarme un cigarrillo, de volver a la barra y coger mi copa, llega el momento en el que no recuerdo absolutamente nada...

El último plano fijo que logro recordar es el de mi copa medio vacía.

Eso es todo.

Después, no sé cuántas horas más tarde, no sé cómo, desperté en una cama extraña, mareada, con náuseas y con un profuso e intenso dolor en (y perdonarme por ser tan descriptiva), mi ojete.

Un dolor directamente indescriptible.

Supongo que metieron algo en mi bebida.

Supongo que me desmayé.

Imagino que le dijeron a los clientes del bar-si es que a alguno de ellos les importó que tres tipos se llevarán a una chica inconsciente-, que me conocían y se ocuparían de mí.

Supongo, también, que me metieron en un coche, se dirigieron a la casa donde desperté, sorteando carreteras cortadas y ríos desbordados, y me desnudaron y violaron...

Por turnos.

En grupo.

No lo sé...

La única certeza que tengo-y valga la redundancia, porque "Única" es también mi nombre-es que tres tíos me había, posiblemente drogado, y

certeramente violado.

Y también golpeado.

Cuando abrí los ojos noté de inmediato el sabor metálico de la sangre en mi boca, y un fuerte dolor en la mandíbula y la nariz.

No entendía porque diablos esos tíos habían tenido que pegar a una chica de cincuenta kilos-sobre todo si tenemos en cuenta el pequeño detalle de que me había desmayado y no podía defenderme-, pero de bien seguro que lo había hecho.

Alguien están encima de mí, follándome por el culo.

Es curioso, pero cuando me di cuenta de que están violándome por atrás, pensé en lo acertado que habría sido dejar que Pol Thomas o Jaiden lo hubiera hecho antes.

Ambos me lo pidieron infinidad de veces, y yo nunca accedí.

De haberlo hecho, seguramente mi primera vez no habría sido tan desgarradamente dolorosa.

A penas tenía fuerzas para moverme, y tarde lo que para mí fue una eternidad en agudizar el oído y poder analizar lo que estaba sucediendo a mi alrededor.

Porque cuando abrí los ojos, solo escuchaba un agudo pitido.

La voz de Axel, siempre inconfundible para mí, más nerviosa que de costumbre, sin ese corte narcisista final tan característico suyo, le decía al tipo que estaba violándome que tenían que parar ya.

Que se hacía tarde.

Que si despertaba estaban jodidos.

Volví a cerrar los ojos.

Las embestidas ya no me dolían.

Solo pensaba en cuánto tardaría en correrse.

Pensaba en si siempre tardaba tanto en correrse.

-¡Para de una puta vez, Franky!- gritó Axel.

Pero Franky siguió follándome.

Más fuerte.

-¡He dicho que pares de una puta vez, joder!

Y entonces Franky se corrió.

Y entonces Franky paró.

Mientras sacaba la polla de mi culo sentí un dolor tan intenso que casi pierdo la consciencia de nuevo.

-¿Que cojones vamos a hacer?-preguntó Axel, nervioso.

-La dejaremos en una cuneta. Alguien la encontrará.-contestó uno de los dos.

Encendieron unos cigarrillos.

-¿Una puta cuneta?-preguntó Axel.

-¿Tienes una idea mejor?-replicó uno de los dos.

-Lo único que sé-dijo Axel-es que si la dejamos en una cuneta alguien la encontrará, la llevará al hospital, la curaran, y cuando despierte y la poli le pregunte con quien estuvo esta noche, ella dirá mi puto nombre. ¡Y si dice mi nombre, estamos todos jodidos!

Alguien dio un golpe contra la pared.

O contra una puerta.

-¿Vas a delatarnos?-preguntó uno de los dos, desafiante.

-¡Vosotros también os la habéis follado!-gritó Axel.

Se hizo el silencio, durante el cual pude escuchar nítidamente como el tabaco crujía al prenderse.

Como el papel del cigarrillo se consumía con cada calada.

Escuchaba el zumbido de las bombillas.

Y sus respiraciones.

Agitadas.

-Tenemos que matarla.-sentenció Axel.-Si la dejamos viva estamos jodidos. Treinta años en la puta cárcel. Se acabó el juego. Estamos acabados.

-Yo no puedo matarla...-dijo entonces uno de los dos, lamentándose.-
Tengo una hermana pequeña.

Como si tener una hermana pequeña le impidiese matar a una mujer pero le eximiese milagrosamente de violar a una mujer.

¿Qué puto sentido tiene?

-¡Me cago en la puta!-dijo alguien. ¡Estamos jodidos! ¡Estamos bien jodidos!

Y de nuevo se hizo el silencio.

Tan eterno. Tan acogedor. Tan orgásmico.

-Coger unas sábanas o algo así.-ordenó Axel.-La meteremos en el maletero y la llevaremos a las afueras... Creo que tengo un plan.

De madrugada

Dicen que en situaciones de peligro el organismo segrega tal cantidad de adrenalina que tu cerebro es capaz de dotarte de una fuerza sobrehumana.

Casi monstruosa.

¿Quién no ha oído la historia de aquella madre que para salvar a su hijo de una muerte segura fue capaz de levantar un coche de dos toneladas sin apenas esfuerzo?

Cuando Axel, Oscar y Franky, me envolvieron en una vieja sabana usada después de darme una paliza y violarme, con la intención de encerrarme en el maletero de un coche y abandonarme en algún paraje boscoso y alejado de El Valle, poco podían imaginar que al llegar al garaje de la casa donde acontecieron los hechos, el "cadáver" de la chica que acababan de matar, o de casi matar, retornaría de entre los muertos como una súper zombi de fuerza sobrehumana con hambre de arrancar pollas a mordiscos.

Escuchaba todo lo que ocurría a mi alrededor pero no podía articular

palabra o ejecutar movimiento alguno.

Se que me envolvieron en una sábana, que Axel me cogió por la cabeza, Oscar o Franky por los pies, y sé que me arrastraron por interminables pasillos.

Se que me golpeé contra todos los muebles de la casa.

Giro a la izquierda. A la Derecha. Recto. A la izquierda. Izquierda. Derecha.

Tenía los ojos entreabiertos y la luz de las lámparas bajo las que pasábamos se colaba por las fibras de la sabana azul, que olía a lavanda añeja.

Me sentía como una puta momia a la que trasladaban de museo.

¿Estaría ya muerta?

¿Sería así la muerte?

El caso es que bajaron mi cuerpo dos o tres pisos hasta llegar al garaje, donde me dejaron caer al suelo, como a una bolsa de basura, y mientras preparaban el maletero y las herramientas que usarían para hacerme desaparecer, debatiendo sobre gilipolleces como cuál sería la mejor forma de matarme-si es que no estaba muerta ya-, sentí, de repente, un intenso calor en el pecho que empezó a extenderse primero por las extremidades y después por el resto de mi cuerpo.

¿Como cuando estás soñando que caes por un abismo y despiertas de repente?

Pues eso.

Toda la adrenalina que podía producir mi cerebro se había organizado, colocado estratégicamente y emulado con dinamita, y la explosión había conseguido levantarme del suelo de un salto.

Con el cuerpo totalmente rígido pero con la mente más lúcida que nunca.

Sabía lo que había pasado.

Sabía quién me lo había hecho.

Sabía exactamente dónde estaba, y sabía que tenía que hacer.

Creo que al incorporarme lancé un garrafal sonido gutural, porque Axel, Oscar y Franky, dieron un salto casi al unísono, se giraron, y al verme allí

de pie, con la cara cubierta de sangre, rígida como la puta polla de un adolescente frente a su primer coño, pude ver en sus rostros como el horror que se siente al ver un fantasma les paralizaba el corazón...

Era un garaje enorme.

Había dos coche deportivos y dos todo terreno de alta gama perfectamente alineados.

Dos motos de agua y dos motos de nieve.

Una pequeña lancha motora.

Y un viejo cucaracha en el que los tres psicópatas estaban cargando el arsenal de la masacre.

Pico, pala, y cinta adhesiva: Mediocremente típico.

Justo a mi lado vislumbre una enorme estantería llena de herramientas también de alta gama.

Al alcance de mi mano, a escasos centímetros, una enorme y brillante llave inglesa que parecía invitarme a tomarla y a reventar cráneos con ella.

Sabía que a pesar de contar con el factor sorpresa a mi favor, que me concedía algo de ventaja respecto a mis enemigos, en realidad no tenía más de diez segundos para coger la llave y empezar con la fiesta de la piñata, si es que eso era lo que finalmente pretendía hacer.

Salir corriendo de allí era otra posibilidad, aunque temía que me fallaran las piernas en el intento, o que de lograr escapar no encontraré una salida lo suficientemente rápido como para ponerme a salvo o pedir ayuda.

La única opción pasaba entonces por defenderme atacando.

Ya estaba muerta, o estuve a punto de estar muerta, así que encontrarme allí de pie con cientos de objetos contundentes a mi haber, fue en todo su espectro una fiel prueba de que a veces si existen las segundas oportunidades.

Mi mente, en modo "supervivencia", analizó el sitio, la situación, y las posibilidades, y antes de poder darme cuenta, mi cuerpo volaba ya dos metros por encima del suelo, empuñando aquella enorme y brillante llave inglesa.

No sé qué aspecto tendría allí en el aire, con la cara ensangrentada y desencajada por la ira y la adrenalina, desnuda, gritando histriónicamente

mientras caía a peso muerto sobre mis tres atacantes.

Lo único que sé es que Franky y Oscar tardaron demasiado en reaccionar, así que cuando trataron de separarme de Axel a base de patadas y puñetazos, la llave inglesa y mi perfecta y simétrica dentadura había hecho ya su escrupuloso t